

# DISCURSO DE AGRADECIMIENTO CON MOTIVO DEL ACTO DE HOMENAJE CELEBRADO EN EL CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y CONSTITUCIONALES EL DÍA 15 DE DICIEMBRE DE 2021

**Gustavo Suárez Pertierra**

*Catedrático emérito de Derecho Eclesiástico del Estado  
Universidad Nacional de Educación a Distancia*

Mis queridos amigos, mis queridas amigas (comprendiendo en el título, que es el más radical, a todas las autoridades que me honráis con vuestra compañía):

¿Qué otra cosa puedo decir más que gracias? Tengo muchas razones para sostener que no merezco este premio. Aunque, pensándolo bien, no voy a poner ningún inconveniente en recibirlo, vosotros sabréis por qué; yo, por mi parte, ya que no soy responsable en el asunto, diré que lo recibo con la mayor satisfacción, que me llena de orgullo ser objeto de esta abrumadora muestra de amistad y que me alegra mucho no tener que esperar al obituario para recibirlo. Gracias, pues, a los organizadores, gracias a la Directora del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales por su hospitalidad y a nuestro Rector por su participación y presidencia, gracias a quienes habéis tomado la palabra para expresar tanta generosidad conmigo, gracias a todos por el calor de vuestra amistad.

El libro. Puestos a aceptar el homenaje, ¿cómo podía yo esperar que mis colegas me quisieran festejar con un libro en la mejor tradición de los *Scritti in Onore* italianos o los *Festschrift* alemanes? Quiero pensar que quizá manifiestan con él que perdonan y olvidan las veleidades vitales que me han tenido ausente por casi veinte años del cultivo constante de nuestra disciplina. El título del mismo, buscado sin duda a propósito, pone en valor directamente el cambio de perspectiva que los más antiguos de los aquí presentes tuvimos que afrontar desde el impulso constitucional, siguiendo los modelos alemán e italiano y que ha tenido un brillante desarrollo en la Universidad española hasta hoy.

Quiso la suerte, tomando forma en algún detalle recogido aquí y allá y que hace muy pocos días acabó encajando como un *puzzle* resuelto con éxito, que este acto que hoy me ofrecéis no sea una sorpresa completa. Menos mal. No sé qué hubiera sido de mí si me viera obligado a balbucir unas penosas palabras sin disponer de un refugio tras el papel. Abrumado como estoy por el inmenso cariño que me estáis demostrando, la fortuna ha querido ofrecerme una trinchera desde la que afrontar toda la emoción que me asalta en este momento.

Vuelta la vista atrás, desde una edad tardía, se muestra la vida en sus líneas esenciales. Quienes han hablado hoy, con una generosidad desbordante, han demostrado conocerme bien. Me considero un hombre de suerte. Ya sé que la suerte cae como una fruta madura y que según Picasso la inspiración debe pillarte trabajando. Pero tuve una fortuna inmensa con mi familia, aquella a la que pertencí y la contribuí a formar, y con muchos y fieles amigos que me han acompañado en la vida.

Un pensamiento atribuido a muchos autores expresa que la vida es aquello que te va pasando mientras tu te empeñas en hacer otra cosa. También es cierto en mi caso, aunque perseguí insistentemente aquello que ha constituido la clave de arco de mi andadura personal: profesionalizar mi propia vocación.

Si tuviera que resumir mi experiencia vital, diría que ha girado en torno a dos factores que solo la prudencia me impulsa a no calificar como verdaderas pasiones: la Universidad y el servicio público. Entre ellas, como un lazo que se va entretejiendo a lo largo de los años hasta hacerse bien firme, el Derecho. Este es, me parece, el resumen de mi experiencia vital que hoy aparece desnuda ante vosotros.

He pasado por varias universidades, en España y fuera de España, hasta llegar hace ya veinte años a la UNED, el sitio común de muchos de los aquí presentes, con el Rector y la Directora del Centro. Pero mi despertar universitario se labró en el claustro del viejo caserón de la Universidad de Oviedo presidido por la figura imponente de su fundador, el inquisidor don Fernando de Valdés Salas.

La Universidad y, quizá, sobre todo, la Facultad de Derecho, vivía entonces un singular proceso de renovación. Algunos maestros ya consagrados inculcaban a toda una generación de jóvenes discípulos el es-

píritu universitario. Allí daba los primeros pasos de su carrera profesional Dionisio Llamazares, de quien aprendí mucho más que el esqueleto del Derecho y no pocas cosas de la vida. Vivíamos un ambiente que expresó mejor que nadie Don Ramón Pérez de Ayala al caracterizar la llamada «escuela asturiana», de Altamira y otros: «De la Universidad de Oviedo fueron desgajándose a la vida civil española, año tras año, promociones de verdaderos hombres... De ellos, algunos han alcanzado excelencia y nombradía en la cátedra, en la tribuna, en la política... Los más, voluntariamente oscuros, se desparramaron por toda España para servir con honradez al Estado y a contaminar a sus compatriotas de las tres humanas pasiones, las más altas y nobles, de que ellos antes habían sido contaminados en el claustro ovetense: la pasión por la verdad, la pasión por la justicia, la pasión por la libertad...»

Después vino la Universidad de Munich, ya con Ana en plan matrimonio canónico, como un día nos llamó Vázquez Montalbán, y a la vuelta a España, siguiendo la ortodoxia académica, la Universidad de Valladolid, tesis doctoral, oposiciones y, en 1978, la Complutense.

Mirando hacia atrás, creo que el gran capital que me proporcionó la condición universitaria fue la libertad de espíritu. Creo que este marco, tempranamente aprendido, fue para mí una plataforma fundamental en el pensamiento y en la acción que me permitió sentirme libre siempre en el ejercicio de las responsabilidades públicas.

De la etapa complutense pueden dar cuenta algunos de los amigos presentes aquí. Fue un período de ebullición en plena transición política. Para mí tuvo un profundo significado en lo académico, que creo se refleja en mis escritos de entonces, y en la acción universitaria, que catalizó el rectorado de Paco Bustelo y, en la Facultad, el decanato de Horacio Oliva. Mi trabajo político se centraba entonces en el campo de la enseñanza universitaria. Formando parte del equipo de Gregorio Peces-Barba entramos en plena negociación de la entonces famosa LAU, Ley de Autonomía Universitaria, que promovía el gobierno de UCD.

Las elecciones de 1982 irrumpieron en la Universidad con una fuerza inusitada. El servicio público interpeló a muchos universitarios de diferente condición y edad. En mi caso, tuve la oportunidad de convertirme en el primer Director General de Asuntos Religiosos de un gobier-

no socialista gracias a la confianza que me depositó el Ministro Fernando Ledesma.

La experiencia de aquel primer año de gobierno fue extraordinariamente rica. Integrado en un brillante equipo –del que formaban parte bajo su dirección, entre otros, Liborio Hierro, Paco Huet, Juanjo Martínez Zato, Enrique Miret Magdalena, Fernando Pastor...–, pudimos desarrollar toda una política de integración de la libertad religiosa, que había sido objeto del primer desarrollo constitucional dos años antes, y formular un sistema estable de relación con la Iglesia católica a través del puente entre Roma y Madrid.

Al cabo, el Derecho me siguió persiguiendo. Como prueba de que uno no puede condicionar el devenir de la vida, me acabé integrando en un exiguo equipo de cuatro o cinco civiles que ya trabajaban en el Ministerio de Defensa bajo la dirección de Narcís Serra con un encargo principal, del que luego derivaron muchos otros: la integración de la justicia militar en el poder judicial único del Estado.

En uno y otro caso la experiencia fue única e irrepetible. Por cuanto se refiere a la reforma militar, que se prolongó durante toda la década, tuve ocasión de participar en uno de los procesos de modernización más importantes que se desarrollaron a partir de la transición democrática, un proceso que conoce bien Miguel Herrero y que abrió paso al desarrollo tranquilo del sistema de libertades. Muchas veces he dicho y escrito que una de las claves principales de la reforma militar fue la decisión de llevar a cabo el proceso con el concurso de los propios militares. De entonces conservo la amistad de muchos compañeros de la milicia.

El ejercicio de las responsabilidades sobre estos asuntos durante largo tiempo no oscureció un cierto sentimiento de volver a casa cuando en 1993 el Presidente González me encargó la cartera de Educación, que entonces comprendía también Universidad, Ciencia y Deporte. Fueron tiempos duros de crisis económica y de crispación política combinadas con una exigua mayoría parlamentaria, que se prolongaron durante toda la legislatura. Para mí supusieron un enriquecimiento especial, no obstante, porque pude poner en marcha algunas iniciativas que dieron su fruto más tarde. Todo ello dentro de los límites que expresa el pensamiento de Aurelio Menéndez, ministro de la transición,

que se iba traspasando de uno a otro responsable y según la cual «en ese ministerio no hay problemas, hay maldiciones».

Y otra vez a Defensa como producto de una aguda crisis institucional en la que se vieron afectadas las bases del Estado. El foco de atención estaba centrado fundamentalmente en los servicios de información, pero eso no impidió desarrollar la presencia exterior de nuestras Fuerzas Armadas. Fue en un viaje a Bosnia cuando escuché por primera vez que me había ganado el sobrenombre de «Pertierra, mar y aire», que luego vi en algunas pancartas con alguna intencionalidad política.

La vuelta a la Universidad en el año 2000, después de casi veinte años de servicio público culminado con la representación de mi tierra, Asturias, en el Congreso de los Diputados, me reconcilió con mi profesión, que por razones de ósmosis siempre estuvo presente en casa. La posibilidad de encargarme del Instituto Universitario que llevaba el nombre del General de la transición, Gutiérrez Mellado, me hizo optar a la cátedra de la UNED, que me ha dado cobijo desde entonces.

No se agota aquí, naturalmente, mi experiencia vital, que considero una gran experiencia libremente vivida. Pero estos hitos de mi trayectoria son los que me permiten presentar ante vosotros una especie de estatuto de justificación personal.

Una palabra más, porque los organizadores han tenido la sensibilidad, producto del conocimiento de mis inquietudes, de introducir UNICEF como una de mis referencias vitales. Así es. Ahora cumplo cuatro años al frente del Comité Español y estamos preparando, Señor Vicepresidente, nuestra candidatura para un próximo y último mandato.

Mucho podría extenderme acerca de lo que el bienestar de la infancia, el grupo social más vulnerable, espera del resto de la humanidad. No es el momento de hacerlo. Tan solo quisiera expresar mi sentimiento con una breve frase. Preguntado en un programa de radio por mi estado de ánimo actual respondí: «Se me ha dado la posibilidad de terminar mi vida activa trabajando por un objetivo indiscutible integrado en una organización solvente ¿qué más se puede pedir? Considero que es un regalo de la vida».

Gracias a todos y a todas, amigas y amigos.

